

de Hitler; se declara definitivo el reparto de seres humanos, cuya opinión nadie ha consultado; y se "rechaza toda intrusión de terceras potencias". Se hace, en resumen, un tratado de bandolerismo internacional, dejando entrever que los bandidos firmantes han convenido luchar juntos para defender su presa. La respuesta del proletariado universal a esta forma típicamente stalinista de entender la gloria y la libertad, no se ha hecho esperar. Por ejemplo: aun antes del nuevo pacto Molotov-Ribbentrop, la Asociación de Trabajadores de Colombia denunció ante el mundo la traición de Stalin "a los cánones de la libertad proletaria, por los cuales Lenin luchó y el pueblo ruso sacrificó lo mejor de su juventud". En México, las Juventudes Revolucionarias han hecho declaraciones públicas de que no las convence la explicación dada por el P. C. M. a la política traidora del Kremlin, e insinúan su propósito de desligarse de aquél. Multitud de artesanos, mediócratas e intelectuales que, por falta de madurez política o por su extracción de clase, admitieron como buena la nueva línea del Partido, y se hicieron la ilusión de pertenecer solamente con seguirla, a la vanguardia de la revolución proletaria, sin sobresaltos y, por añadidura, con probabilidad de acceso al presupuesto federal, se hallan confundidos y desorientados, y, en el fondo, avergonzados.

Pero lo que para Laborde y su pandilla de logreros es más grave: los políticos pequeñoburgueses que pretendieron darse lustre de radicalismo protegiendo a comunistas, así fueran domesticados; y que se sintieron halagados al notar que la "nueva versión" del comunismo era idéntica a su propio credo democrático, nacionalista, humanitario, nominalmente socialista, empiezan a sentirse asqueados ante el servilismo heroico, el impudor épico y la ignorancia cósmica de la cuadrilla que capitanea Laborde, para servicio doméstico de Stalin. El hipertrofiado P. C. M., que jamás pasó de ser un "partido de algodón", "fofo, blanducho", sin cohesión interna, sin más idea-